

Cuerpo y monumento: el discurso auto-biográfico de Domingo Faustino Sarmiento

Cecilia Beatriz Corona Martínez de Calvo

*“... que todos participen del festín de la vida, de que
yo gocé sólo a hurtadillas.”¹*

Muchos hombres del Siglo XIX –Sarmiento entre ellos –, consideraron la autobiografía un modo de presentar la propia vida como modelo ejemplar.²

Como consecuencia de sus propias experiencias vitales, donde las lecturas de juventud aparecen como paradigmas a seguir –así las vidas de Cicerón o Franklin–, Sarmiento hará uso frecuente de la biografía; y a falta de un otro que le escriba su vida, el sanjuanino será su propio biógrafo.

La afición al género es explicitada claramente en *Recuerdos de provincia*:

“Gusto, a más de esto, de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe un especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud obscurecida. Hay en ella algo de las bellas artes que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua. La historia no marcharía sin tomar de ella sus personajes...”³

Del texto precedente es posible extraer varios aspectos interesantes, junto al carácter didáctico, de “exempla”, representativo del pensamiento de la época.

En primer lugar, la concepción de escritura como escultura, que el autor realiza en su obra. En un texto de 1885, “El Día de los Muertos”, afirma, ante la tumba de Facundo:

“... la bella estatua del Dolor, que vela gimiendo sobre la tumba de Facundo, a quien el arte literario más que el puñal del tirano que lo atravesó en Barranca Yaco, ha condenado a sobrevivir a sí mismo y a los suyos [...] Quiroga ha pasado a la historia y reviste las formas escultóricas de los héroes primitivos...”⁴

Por otro lado, la relación entre biografía e historia, que se explicita nuevamente en el texto anterior, donde ambas concepciones se conjugan en un solo enunciado. La escritura posibilita entonces dos modos de perduración: pasar a la historia y también adquirir la inmutable duración de la escultura, que conserva la heroicidad para todos los tiempos.⁵

Comienza a develarse de este modo la estrategia empleada por el autor en sus construcciones biográficas. Pero, ¿cómo trasladar estos caracteres a la biografía del yo?

Si consideramos algunos textos biográficos o autobiográficos de Sarmiento, encontramos que el escritor utiliza fragmentos de su vida privada para construir una imagen pública de hombre destinado –hombre enviado por el Destino- a alcanzar posiciones expectables en la vida de la Nación,⁶ es decir, un hombre merecedor de pasar a la historia y de ser inmortalizado por la escultura.

Desde *Mi defensa*, los escritos de Sarmiento pueden leerse como una hábil estrategia de construcción de una figura políticamente aceptable para la dirección de la cosa pública. Además de las autobiografías y biografías⁷, no escapan a esta caracterización muchos textos periodísticos, cartas personales, folletos, discursos...⁸

Establecemos una primera distinción, entre textos públicos y privados. Los textos públicos son tanto los escritos periodísticos como las obras publicadas en vida del autor; mientras los textos privados abarcan la correspondencia y otros escritos como la denominada “Autobiografía”, algunos conocidos después de la muerte de Sarmiento. Silvia Molloy marca las diferencias entre lo público y lo privado presentes en los escritores hispanoamericanos del Siglo XIX: “No se recuerda en público, para la historia, del mismo modo que se recuerda en privado.”⁹

No desdeñamos, sin embargo, la presencia de cruces entre los textos: aquéllos que exponen públicamente la vida del autor, por su propio contenido, involucran solamente algunos aspectos del ámbito de lo privado; en tanto los textos privados tocan permanentemente el desempeño público de Sarmiento.¹⁰

Las épocas y los individuos van determinando las variables fronteras entre estos dos ámbitos, de allí que sea preciso indagar los límites determinados por el propio Sarmiento.

En el epígrafe de *Facundo*, Sarmiento narra el episodio –luego famoso- en el cual escribe en una pared una cita en francés: “On ne tue point les idées”. Cuando explica la actitud de las autoridades ante este escrito, cuenta: “El Gobierno, a quien se comunicó el hecho, mandó una comisión encargada de descifrar el jeroglífico, que se decía contener desahogos innobles, insultos y amenazas.”¹¹

En una carta, enviada a Manuel José Quiroga, el 19 de febrero de 1841, se narra el mismo hecho, con detalles omitidos en el texto citado:

“ Como nadie lo entendiese, la ignorancia, madre de la desconfianza, sospechó que podría decir: “hijos de una gran puta, montoneros, un día me la pagarán”. Y esta traducción libre corrió de boca en boca; pero cuando llegó al gobierno era no sólo aquello sino los insultos más groseros [...] El gobierno, alarmado con estos rumores [...] mandó una comisión de sabios que descifrasen el enigma...”¹²

La reproducción de los “desahogos innobles, insultos y amenazas” no cabe en el texto de *Facundo*, escrito público; pero sí en una carta, donde no repugna a la lectura, puesto que el

destinatario ya no es una muchedumbre desconocida sino un amigo; en tanto la órbita en la que este destinatario se mueve no es el espacio público sino el ambiguo ámbito de lo privado.

La censura que se evidencia en este ejemplo pone de relieve una característica importante de la autobiografía en Sarmiento: estrategia político- discursiva donde lo público y lo privado se someten a un mismo procedimiento de selección, igualados a partir de los objetivos del autor. Hay en los textos un proceso de *borramiento* de datos que forman parte de la vida del autor, pero que son cuidadosamente omitidos, tal como lo señala Molloy en la obra citada, y que caracteriza a muchos textos autobiográficos de la época.

Primer momento: la autobiografía en *Mi defensa*

En 1849, Sarmiento escribe a Vicente Fidel López, y le cuenta su proyecto de escritura: “Preparo un librote titulado Recuerdos de Provincia o cosa parecida, en que hago con el mismo candor que Lamartine, mi panegírico”.¹³ Esta denominación puede aplicarse –con ciertos matices– también a su primera autobiografía, *Mi Defensa*, editado en Chile, en 1843, con el cual Sarmiento intentaba responder a los ataques de un periodista chileno. Este texto, lejos de la riqueza de *Recuerdos de provincia*, presenta sin embargo algunos elementos interesantes.

En primer lugar, es preciso destacar que fue escrito cuando su autor contaba sólo treinta y dos años¹⁴ y apenas había empezado su vida pública, esto explica su brevedad y cierta sensación de pobreza de contenido que inevitablemente presenta si se tiene en cuenta su autobiografía posterior.

En el texto califica de “humillante” la tarea del autobiógrafo,¹⁵ en una afirmación que se contradice con lo que afirmará años más tarde, en la carta citada, refiriéndose a *Recuerdos de provincia*. La calificación entonces es un alarde de modestia dirigido al público, en tanto lo afirmado en la carta pertenece a la órbita de lo privado.

En este primer intento autobiográfico comienza el autor la construcción literaria de su pasado, construcción por selección, donde la verdad de lo narrado es –sin embargo– convenientemente destacada: “No es una novela, no es un cuento; me apoyaré en cuanto pueda en testimonios que aún puedo usar aquí.” (Op. cit., pág. 544)

Destacamos este concepto: *testimonios*. Tanto en sus autobiografías como en sus biografías, Sarmiento utilizará las personas –las voces– de terceros para asegurar la verdad de sus afirmaciones. El *yo* resulta insuficiente para garantizar el valor de lo escrito: “Yo no conozco en los asuntos que son personales, otra persona que el yo, y éste es poco cómodo para hablar de virtud ni de buenas acciones.” (Op. cit., pág. 563)

De este modo, la biografía se convierte en historia, mediante la incorporación de los testimonios de los otros –documentos orales o escritos- que ratifican las afirmaciones del yo.¹⁶ El mismo autor lo asegura en la citada Introducción a *Recuerdos de provincia*: “La historia no marcharía sin tomar de ella sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres, si los que pueden, recogieran con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos.” (pág. 10)

Convertida en historia, la biografía es absolutamente pública y, por lo demás, didáctica (castiga el vicio, alienta la virtud); y en este planteo cabe también la biografía del yo.

Un “yo” proclamado insuficiente e incómodo, pero que posibilita sin embargo la elaboración de un “panegírico” –según modelos literariamente válidos (el citado Lamartine).

“El que no acierta a confesar sus extravíos, no tiene fuerzas para vindicarlos ni medios de hacérselos perdonar.”

El joven Sarmiento, haciendo uso de “la indiscreta franqueza de mi lenguaje escrito” (op.cit., pág. 542), presenta su vida si no como modelo, sí como un bloque coherente y sólido de muchas virtudes y escasos defectos.

Luego de una Introducción, el texto continúa con tres apartados, llamados respectivamente “Mi infancia”, “El militar y el hombre de partido” y “El hijo, el hermano y el amigo”.

De su infancia, destaca la relevancia de los libros, ya que a la afición a la lectura, se atribuye “la dirección que más tarde tomaron mis ideas.”¹⁷

El autor puede considerarse el más claro ejemplo de la certeza de aseveraciones tales como “la perfección y los estímulos en la lectura, pueden influir poderosamente en la civilización del pueblo” (Ob. cit., pág. 545).¹⁸

La falta de estudios sistemáticos, lamentada por el autor, le confiere sin embargo una importante ventaja: la independencia de pensamiento.¹⁹

Al final de este apartado, denominado, recordemos, “Mi infancia”, el autor asevera: “Ya he mostrado al público mi faz literaria...” (Ob. cit., pág. 552)

La infancia = tiempo de la lectura = tiempo de la literatura, tal parece ser la ecuación sarmientina. Por lo tanto, a una infancia señalada ya por este carácter sobresaliente, debe seguirle necesariamente una adultez preñada de virtudes. Conclusión fácilmente verificable, si consideramos una anécdota relatada según la cual, ante una opinión inesperada en un joven de su condición, se le pregunta: “¿Y de dónde has aprendido eso?”, y reflexiona el autor: “pregunta que no he olvidado nunca, porque análogas me hacen muchas a cada momento” (Ob. cit., pág. 548).

El segundo apartado es considerado por el autor su “fisonomía política” (Ob. cit., pág. 552), en la que ideología y lucha armada van de la mano.²⁰

La pasión de la lectura, eje del apartado anterior, es reemplazada por la pasión política: “He abrazado con el calor y el fanatismo de una religión los principios políticos que han sucumbido hoy en mi patria...” (Ob. cit., pág. 559).

El relato de su actuación militar se apoya en nombres propios, los cuales pueden *testimoniar* sobre la verdad de lo dicho:

“El señor don Nicolás Vega, residente en Copiapó, y el señor don Pedro León Zoloaga, actualmente establecido en San Fernando, podrán decir cuál fue mi comportamiento en todas partes y la decisión que manifesté siempre.” (Ob. cit., pág. 554)

Al mismo tiempo, para validar su actuación, son importantes las opiniones del enemigo, “he tenido la satisfacción de que Facundo Quiroga jurase a mi madre matarme dondequiera que me encontrase.” (Ob. cit., pág. 559)

Finalmente, en “El hijo, el hermano y el amigo”, se detiene en la “moral privada”, y precisamente es en este ámbito donde se producen las censuras que permiten una mejor imagen. La autocensura se vislumbra en uno de los primeros párrafos: “No he sido un santo, ni he aspirado jamás a un dictado tan difícil de merecer [...] cruzar una juventud borrascosa sin caer nunca, aunque algunas veces haya bamboleado.” (Ob. cit., pág. 563)

Omite así la existencia de Faustina, su hija natural, que vivía con Paula Albarracín, y admite solamente los vínculos familiares de hijo y hermano.²¹

Lo censurado, a pesar de los más de treinta años vividos, es lo sexual: ni romances, ni amores contrariados, y menos aún, ilegítimos, que suponemos las “borrascas” atravesadas penosamente, con “caídas” celosamente ocultadas.

Su función de hijo posee ciertas características particulares, ya que desde los quince años es “jefe de familia”, y desde sus hermanas hasta su padre y su madre dependen de él. A este hecho atribuye Sarmiento una “influencia fatal”, cuya consecuencia es que “jamás he conocido otra autoridad que la mía” (Ob. cit., pág. 563). Nuevamente, el cumplimiento de esta función puede ser corroborado por “los muchos paisanos que viajan de aquí a mi país”, por don Diego Antonio Barros, don Pedro Salas y otros comerciantes.

El texto concluye con una encendida defensa de su actuación pública: defensa inclusive de la imprudencia (“Cuando tenga cuarenta años seré prudente; por ahora seré como soy y nada más”, Ob. cit., pág. 567), que le acarrea enemistades; defensa de su sinceridad, defensa de la tarea emprendida.

Los pocos “errores” o defectos confesados, en realidad, sólo sirven para destacar las virtudes públicas y privadas que adoman al autobiógrafo. *Mi defensa* demuestra ser la plataforma

de lanzamiento a la vida pública de un Sarmiento que, convencido de sus valores y seguro en sus ambiciones, se introduce en el concierto político de la época usando su mejor arma: la palabra.

Segundo momento: la biografía y *Vida de Dominguito*

La *Vida de Dominguito* fue escrita por Sarmiento a lo largo de muchos años, pero concluida y publicada en 1886, con el declarado propósito de rescatar la memoria de su hijo, muerto en Curupaítí a los veintiún años de edad.

Interesa destacar especialmente la presencia del yo narrador en el texto; presencia que va aumentando progresivamente. De tal modo, la biografía de Domingo Fidel Sarmiento – es importante la coincidencia de iniciales– termina siendo también, sesgadamente, un tardío reconocimiento a la tarea de Domingo Faustino Sarmiento como padre y educador.

La biografía del otro se convierte entonces, también, en espejo del yo; y así las virtudes que se destacan en el biografiado son un reflejo de las del biógrafo.²²

El texto, como es habitual en Sarmiento, aúna a los caracteres propios de la biografía, otros elementos que favorecen la hibridación del género; tales como la incorporación de testimonios de amigos de Dominguito (L. V. Mansilla), escritos de su hijo, cartas de la madre, e incluso la redacción de un capítulo entero efectuada por Santiago de Estrada.

Lo privado y lo público

La *Vida de Dominguito* es un texto cuyos caracteres lo colocan como juntura entre dos géneros: se conjugan en él biografía (del otro) y auto-biografía (el omnipresente Yo).²³

Enrique Anderson Imbert da como cierto que el hijo de Benita Martínez Pastoriza era también hijo biológico de Sarmiento, y que al enviudar la mujer, Sarmiento se casó con ella y “legalizó” la situación.²⁴

La vida de su hijo es pacientemente ¿re?-creada por Sarmiento, para quien - ya lo explicita en el *Facundo*- no existen los límites entre realidad/ficción ("un cuento forjado sobre datos ciertos").²⁵

La progresiva reconstrucción de la vida del hijo, desde la más tierna infancia hasta la muerte heroica, va presentando en forma paralela la propia figura de padre- educador, de donde la grandeza del hijo – si bien ganada a costa del esfuerzo personal– conserva en su exaltación las huellas del accionar paterno. Para Dominguito, Sarmiento instrumenta un método propio de

enseñanza, no sólo de las primeras letras sino también de otras materias. La actuación política del padre forma parte de los modos particulares de una educación que signa la vida del niño y también sus futuras decisiones.

De los doce capítulos que estructuran la obra, cinco tienen la impronta del padre: son los de la formación en el hogar, donde la figura materna aparece desdibujada en detrimento de la omnipresencia del padre.

Al igual que en *Recuerdos de Provincia*, la estrategia discursiva tiende a destacar ciertos hechos de la vida del niño como con-figuradores de su personalidad, y a la vez como pre-figuradores de su futura vida pública. Lo privado (si entendemos aquí que la primera infancia pertenece por excelencia a este campo) deja de ser entonces un ámbito clausurado para convertirse en escenario privilegiado que anticipa en las conductas del niño su actuación adulta (y pública). Si el joven Domingo Faustino jugaba a la guerra y dirigía a sus compañeros como en la madurez dirigiría a sus compatriotas, el niño Domingo Fidel participa con absoluta convicción de una elección democrática así como en su primera madurez defenderá con la vida los fueros de la república en una guerra que se presenta como justa.

La biografía como monumento²⁶

"... puesto que el deleznable papiro dura más que el duro bronce, en estas breves páginas ha querido su padre, como en el de los ritos mortuarios que trae consigo la momia egipcia, conservar los lineamientos de su corta vida, para que estimen su nombre los padres que sobreviven a sus hijos, los jóvenes que aman siempre a su patria y le consagran sus desvelos y su vida."²⁷

Sarmiento, cuando escribió esta *Vida de Dominguito*, conocía ya muy bien el valor de una biografía, y por eso sabía también que el papel puede preservar una gloria más que "el duro bronce".

A los fines de esta construcción escultórico- descriptiva, organiza su discurso. Nada falta en él para mostrar – y demostrar– a los contemporáneos y a la posteridad, los méritos que adornaban al joven Sarmiento: la inteligencia, el valor, el liderazgo, el amor a la patria.

Para exaltar estos valores, la escritura se complace en la hipérbole: así la biografía se justifica porque a su hijo "en tan corta vida, veintiún años, le valieron la universal estimación y el aprecio de los prohombres de nuestro país" (pág. 17); en tanto la "adolescencia infantil" de Dominguito lo asemeja a "los hijos de los patriotas romanos que asistían [...] a las sesiones del Senado..." (pág. 57)

Pero no sólo mediante la explicitación de los méritos se erige el monumento, construido no por la voz del padre solamente, sino por otras voces que la ratifican.²⁸

Voces: el Yo y los otros

El texto se construye hilvanando retazos: a la urdimbre creada por el narrador se incorporan otras voces, multiplicando la ilusión de verosimilitud, o el efecto de homenaje. Junto al Yo aparecen las voces de los otros: los próximos a Dominguito (Santiago de Estrada, Lucio Mansilla, la propia madre –Benita–), pero además las voces de los más alejados – Laboulaye, Goyena –, y la misma voz de Dominguito, en sus artículos periodísticos y en sus cartas personales.

La memoria del biógrafo parece escudriñar rincones para incorporarlo todo, decirlo todo. Pero no todo es lo dicho, el capítulo escrito a posteriori por Bartolito Mitre deja vislumbrar otro Domingo Fidel: el del amor, el de la travesura, aún el del error. El amigo dice lo que el padre ha callado, nos introduce en la vida cotidiana del joven, para revelarnos momentos íntimos, aquellos que el padre – distanciado de su hijo a causa de la separación matrimonial– ignora. Este Dominguito no es el de Santiago de Estrada, cuyo retrato sigue los lineamientos marcados por el padre- biógrafo, sino más bien dice lo que el otro calla, lo que el monumento oculta. Aparece aquí también el borramiento de lo que no conviene decir: los motivos del alejamiento padre- hijo, los problemas escolares del joven.

Porque la multiplicidad de voces es engañosa: su incorporación no implica una apertura hacia diversas perspectivas de la memoria; más bien sirven para corroborar la escritura monumental, la del prócer, la del mártir, de quien "era de la piedra en que se tallan los héroes" (pág. 105).

Las máscaras del Yo

Nicolás Rosa, en *El arte del olvido*, rescata dos aspectos relevantes para la lectura del texto: la confusión autobiografía/biografía, fundada – entre otros motivos– en la identidad del nombre.²⁹ Domingo Fidel Sarmiento, hijo de Domingo Faustino Sarmiento, iguales iniciales, ¿igual destino de gloria?

La identificación propuesta en el texto se evidencia de diversos modos, llegando en ocasiones a una fagocitación del biografiado por el biógrafo.³⁰

Una fuerte tensión recorre toda la obra, donde un narrador – confusamente oscilante entre la primera y la tercera personas–, se dispone a contar la vida del otro / a contar-se en la vida del otro.

Sarmiento- padre, Sarmiento- educador, Sarmiento- militar, Sarmiento- gobernante, incluso Sarmiento- escritor exhibe la vida del hijo; se exhibe en la vida del hijo; se oculta tras la vida del hijo.

Donde el texto dice: Dominguito hizo esto, se lee Yo hice que Dominguito hiciera lo que hizo. E incluso se explicita, puesto que "yo lo empujaba por ese camino que conduce a la gloria, por sobre la muerte que detiene a los demás!" (pág. 105)

La tesis planteada desde el inicio postula la importancia de la formación que el padre impartió al hijo, haciendo hincapié en su función educadora: Sarmiento fue el "maestro casero", cuya voz "ponía en acción" la inteligencia del niño (pág. 41).

Gracias al padre, el hijo lee desde los tres años y medio; gracias al padre, aprende francés en un mes, se pone en contacto con la cultura europea, conoce a los prohombres de la patria.

El breve periodo de influencia paterna (hasta los nueve años), alcanza para formar entonces una personalidad fuerte y atractiva, un joven al que el propio padre llama el "leoncito" ("hablando de todo ex-cátedra, con modales despabilados, echándola de modelo de la moda, y con el secreto que poseía de conquistarse voluntades y afectos...", pág. 66)

Detengámonos en el apodo afectuoso – leoncito –, que presupone la condición filial, la comparación con el "león" a quien continúa, a quien heredará finalmente, donde el Yo se nombra a sí mismo al nombrar al otro, donde el Yo se jerarquiza al identificar en el otro virtudes compartidas.

La visión especular

"Sólo yo tenía poder para traerlo al buen camino, porque sólo yo conocía el resorte de su alma que era la gloria, la estimación y el aplauso."(pág. 18)

Estos caracteres del "alma" de Dominguito también podrían describir los "resortes" del alma del padre. Sin duda, la grandeza de espíritu del hijo devuelve, como en un espejo, la grandeza del padre que supo dar forma a tal espíritu, quien podrá ser objeto entonces de la estimación y el aplauso generales.

El hijo fue formado con las mismas lecturas que nutrieron al padre ("leyendo alternativamente ambos en voz alta la *Vida de Franklin*...", pág. 42); sus virtudes se generan del mismo modo que las del padre, así la destacada actuación universitaria de Dominguito se atribuye al "mayor desenvolvimiento del acopio de ideas generales", y a los "viajes por mar y tierra" (pág. 62). En esto también se parece al padre: "atribuye su padre a situación igual, haber sido nombrado ayudante del general Vega [...] a la edad de 18 años..."(pág. 62).

Pero el texto avanza más aún: la escritura del hijo se confunde con la del padre: "M. Laboulaye [...] había atribuido [...] aquella sesuda introducción a su obra, al padre conocido como escritor..."(pág. 19).

Identificación que se ratifica con las propias palabras del joven, quien habría declarado al doctor Avellaneda: "Me ha educado mi padre con su ejemplo y sus lecciones para la vida pública."(pág. 86)

En la edición que utilizamos, Augusto Belín Sarmiento incorporó algunos textos que Sarmiento habría escrito para esta biografía, pero que finalmente no la conformaron. En uno de ellos "La aurora de la vida", el autor cita ciertas confidencias del hijo a la madre, a quien habría declarado: "Yo voy a valer mucho más que mi padre [...] Voy a escribir mejor, porque voy a tener mejor escuela y más ordenada educación..." (pág. 128)

Esta cita pone en evidencia la oculta trama del texto: la vida del otro es la vida del yo llevada a mayor perfección, el otro concluye -superándola- la vida del Yo. Máximo producto y evidencia de las virtudes del padre, Dominguito es lo que Sarmiento padre fue, junto a lo que pudo haber sido, si su vida no hubiera soportado los avatares profusamente detallados en sus propias biografías (*Mi defensa, Recuerdos de Provincia*).

Los rostros de la escritura

En el texto ya citado, el autor define a su receptor: "padres que sobreviven a sus hijos, los jóvenes que aman siempre a su patria". Esta delimitación presupone la presencia en el texto de dos modelos, o mejor, un modelo bifronte: el Yo-padre y el otro-hijo son paradigmas dignos de ser leídos / imitados.

La columna trunca que el padre erige al hijo en el cementerio no revela toda la verdad de una vida: la explicación de esa vida debe leerse junto con la vida del padre. La justificación de la vida del padre puede realizarse desde la vida del hijo. El monumento se erige pero queda inconcluso: necesita de los otros (amigos, prohombres, escritores) para completarse. Así como el texto requiere de tantas palabras ajenas, una cabal comprensión de ambas vidas necesita una perspectiva amplia que permita sumar las dos trayectorias para medir la real valía de cada una de ellas.

La *Vida de Dominguito* es un texto plural, multiforme, que remite siempre más allá de sí mismo: no sólo por su materia – la historia vital –, sino por su propio entramado discursivo. Están presentes en él muchas otras historias y biografías: la del padre (lo narrado en *Recuerdos de provincia*, más su actuación como gobernador de San Juan, donde "la guerra se hacía en toda regla, bajo dirección más inteligente que la del común de nuestros militares", pág. 68), la de Facundo ("el sistema de caudillos" opuesto a "las fuerzas reparadoras" de las ciudades, pág. 65), la de la patria ("de reconstruir un mundo se trataba en Buenos Aires en 1857...", pág. 57), la de la guerra del Paraguay...; la *Vida de Dominguito*, en sus pocas páginas da cuenta no sólo de la breve trayectoria del joven y malogrado Domingo Fidel Sarmiento, sino también de los sentimientos íntimos de su biógrafo, tanto los más merituables – el recuerdo del hijo –, como los que

construyeron su imagen pública –la auto-exaltación de los méritos personales –, donde lo público y lo privado se conjugan en la construcción de un modelo vital.

Tercer momento: las cartas personales.

Karl J. Weintraub, en “Autobiografía y conciencia histórica” afirma:

“ El diario, la carta, la crónica y los anales adquieren valor en el hecho de no ser más que interpretaciones momentáneas de la vida. Su valor reside en ser un recuerdo fiel del pasado y no en el hecho de asignarle a éste un significado de mayor alcance.”³¹

La lectura de algunas cartas de Sarmiento nos ayudará, entonces, a establecer las relaciones entre lo público y lo privado, en tanto las cartas posibilitan cierta libertad en el relato ausente en los textos escritos para ser leídos públicamente.

En los inicios de este trabajo señalamos cómo la anécdota de los baños del Zonda se refiere de distinta manera en el *Facundo* que en una carta personal, ya que en el texto literario se han omitido palabras soeces que sí se permiten en el texto epistolar.

Es decir, *Facundo*, *Recuerdos*, *Vida de Dominguito* son textos literarios mientras las cartas no lo son. Todos presentan una vida, pero asumen su carácter de creación discursiva de esa vida narrada, en tanto censuran, destacan, minimizan o agrandan ciertos hechos.

En algunas cartas de la nutrida correspondencia sarmientina aparecen textos que remiten no sólo a lo privado, sino también a ciertos ámbitos de lo íntimo. Notábamos en los textos estudiados la falta de alusiones a cuestiones amorosas y sexuales, que sí aparecen en las cartas personales, destinadas ya no a la publicación sino simplemente a la comunicación.

A diferencia de los textos públicos – biografía o autobiografía– escritos para el mármol y para el bronce, las cartas nos presentan rasgos de la vida de un ser de carne y hueso; es decir, nos presentan lo que se ha escamoteado en *Mi defensa o Vida de Dominguito*: el cuerpo del biografiado.

Hablar del *cuerpo* es hablar de las enfermedades psicológicas y físicas, de los afectos y del sexo, es penetrar en un ámbito aún más secreto que lo privado: lo íntimo.³²

La intimidad de Sarmiento aparece develada en pocas ocasiones, especialmente en cartas dirigidas a sus amigos y amigas; pero algunos de esos momentos descubren los aspectos menos memorables y más humanos del hombre público. Podemos arriesgar la calificación de *escandalosos* a esos momentos, en tanto se atreven a escribir lo que en su tiempo apenas puede murmurarse.

Primer escándalo: mujeres y sexo

Nos detenemos en dos cartas, la primera, fechada en Santiago, el 2 de diciembre de 1843, y dirigida a su “tocayo” Domingo S. Sarmiento; la segunda, de 1846, y cuyos destinatarios son Juan María Gutiérrez, Piñero, Peña, “y demás amigos de Montevideo”.

La primera podría denominarse “Sobre el matrimonio y las mujeres”, que transcribimos casi en su totalidad:

“Vea usted sin embargo cómo miro yo el matrimonio.

No creo en la duración del amor, que se apaga con la posesión. Yo definiría esta pasión así: *un deseo para satisfacerse*³³. Parta usted desde ahora del principio de que no se amarán siempre. Cuide usted pues cultivar el aprecio de su mujer y de apreciarla por sus buenas cualidades. Oiga usted esto, porque es capital. Su felicidad depende de la observancia de este precepto. No abuse de los goces del amor; no traspase los límites de la decencia; no haga a su esposa perder el pudor a fuerza de prestarse a todo género de locuras. Cada nuevo goce es una ilusión perdida para siempre; cada favor nuevo de la mujer es un pedazo que se arranca al amor. Yo he agotado algunos amores y he concluido por mirar con repugnancia a mujeres apreciables que no tenían a mis ojos más defectos que haberme complacido demasiado. Los amores ilegítimos tienen eso de sabroso, que siendo la mujer más independiente agujonea nuestros deseos con la resistencia. [...]

Cuando riñan, y esto ha de haber sucedido antes de que reciba ésta, guárdese por Dios de insultarla. Mire que he visto cosas horribles: la primera palabra injuriosa que la cólera del momento sugiere deja una idea en su espíritu: si en la primera riña le dice usted *bruta*, en la segunda le dirá *infame*, y en la quinta *puta*. Tenga usted cuidado con las riñas y tiemble usted no por su mujer, sino por la felicidad de toda su vida. En fin, no quiero hablar más de esto.”³⁴

A pesar de los cuidados de Sarmiento, se conocen aspectos de su vida privada, especialmente referidos a sus relaciones amorosas nunca confesadas públicamente. Entre ellas mencionamos su larga relación con Aurelia Vélez, hija de su gran amigo Dalmacio Vélez Sársfield, que se inició cuando la joven todavía era soltera, sobrevivió a su casamiento y a la ruptura temprana de su matrimonio y a la vez precipitó la propia separación de Benita. Aurelia es la mujer a quien llamará a su lado en los últimos momentos de su vida, transcurridos en Paraguay.

Reproducimos algunos momentos de cartas personales enviadas por el sanjuanino a la joven, que reflejan la naturaleza de los sentimientos que los unían:

“He debido meditar mucho antes de responder a su sentida carta de usted, como he necesitado tenerme el corazón a dos manos para no ceder a sus impulsos. No obedecerlo, era decir adiós para siempre a los afectos tiernos y cerrar la última página de un libro que sólo contiene dos historias interesantes. La que a usted se liga era la más fresca y es la última de mi vida. Desde hoy soy viejo. Acepto de todo corazón su amistad, que será más feliz que no pudo serlo nunca un amor contra el cual han pugnado las más inexplicables contrariedades.[...] En pos de pasiones que nos han agitado, hasta desconocernos el uno al otro, es una felicidad

que el cielo nos depara salvar del naufragio, y en lugar de aborrecemos cuando ya no nos amaremos, poder estimamos siempre.³⁵

“Esos años que invocas velan por ti, y te reclaman como la única esperanza y alegría en un piélago de dolores secretos, que tú no conoces, y de estragos causados por nuestro amor mismo.”³⁶

También se han recogido datos sobre una amistad con cierta joven norteamericana, también casada, llamada Ida Wickersham (Cfr. Enrique Anderson Imbert).

Ambos amores, el de Aurelia y el de Ida, parecen encuadrarse dentro de la temprana reflexión juvenil acerca del sabor de los “amores ilegítimos”.

Es difícil encontrar en las cartas otras alusiones a las mujeres que lo rodean o atraen, hallamos en una de 1841, dirigida a Manuel José Quiroga Rosas, algunos detalles bastante superficiales por cierto:

“Mis relaciones con aquellas pastoras se han enfriado mucho, muchísimo. Hace veinte días que no las veo. ¿La causa? Ni yo lo sé. [...] En los bailes públicos tuve algo con la Carmen, que me ha servido de pretexto para encubrir mi informalidad, versatilidad, o más bien, mi buen juicio; pero amigo son unas cagarrutas tales pastoras; que gustan hasta que las ve uno de bien cerquita. [...] La Helena era de lo más bien parado que había en el baile. Que boca, amigo; qué cuerpo, amigo; qué walzar, amigo.”³⁷

Más interesante resulta la carta enviada a los amigos de Montevideo:

“La señora Mendeville, por unas palabras de Gutiérrez, me hizo procurar, nos hicimos amigos, pero tanto que una mañana solos, sentados en un sofá, hablando ella, mintiendo, ponderando con la gracia que sabe hacerlo, sentí... Vamos, a cualquiera le puede suceder otro tanto, me sorprendí víctima triste de una erección, tan porfiada que estaba a punto de interrumpirla y no obstante sus sesenta años, violarla. Felizmente entró alguien y me salvó de tamaño atentado. Esto es sólo para ponderarles nuestra amistad. Me ha atosigado de cartas de recomendación.”³⁸

Sorprende esta alusión, donde se incursiona en un ámbito nunca mencionado hasta ahora –y que aparece por única vez–. Charla masculina, de club, se introduce en la mayor intimidad, en la propia masculinidad del yo, que se comenta a sí misma.

Coherente, en realidad, con el tan mentado apasionamiento del autor, escritor, periodista, político vehemente, también se revela amante afectuoso en las cartas a Aurelia, y hombre impulsivo en esta última revelación.

Segundo escándalo: en ferme dad y vejez

Otro tema escamoteado en los textos públicos es el de la enfermedad y la vejez, es decir, las referencias a los quebrantos corporales, que no condicen con el bronce del monumento.

En carta del 19 de octubre de 1853, le escribe Sarmiento a Mitre:

“Mi salud está quebrantada, cediendo el roble que usted conoció ante las fatigas del espíritu. [...] Estoy lleno de canas; mi pecho cede hace dos meses, y mi salud conmovida sin quebrantarse, me quita aquella bestial seguridad que hacía toda la fuerza de mi carácter.”³⁹

Estas aseveraciones relacionan estrechamente los avatares político-personales del momento con los mencionados problemas de salud; es decir, pueden inscribirse más bien dentro de cierta retórica de queja o lamento ante los ataques dirigidos por sus enemigos.

Desde la década del '70, encontramos en las cartas personales de Sarmiento numerosas referencias a su salud, especialmente a su sordera; así escribe a José Posse, en relación con una mejoría de su oído, el 17 de agosto de 1877: “Habrás leído en los diarios, acompañadas de puteadas, que he mejorado, sanado, dicen, del oído.”⁴⁰

El mismo tema aparece en otra carta a este amigo, de setiembre de 1878: “Mi salud está sujeta a las más singulares contingencias. He estado sordo como una tapia hasta anteayer que vino el médico y me restableció el oído en un segundo...”⁴¹

En épocas cercanas a su muerte (21 de mayo de 1888), se dirigía a su hermana Bienvenida en estos términos: “Está visto que no resisto el frío del invierno, pues me sobreviene todo inextinguible al enfriarseme los pies o las rodillas o un hombro siquiera.”⁴²

La toma de conciencia de las limitaciones corporales se advierte solamente en estos textos, en los anteriormente estudiados el cuerpo es un instrumento dependiente de la voluntad: en *Mi defensa* se lee: “Es mi vida entera un largo combate, que ha destruído mi físico sin debilitar mi alma...”⁴³, expresión inserta en un largo panegírico a su formación.

En el mismo texto, hay sólo una breve mención a “las enfermedades”, que le impidieron estudiar en Córdoba (pág. 546); hecho sin embargo importante para su formación intelectual.

Al narrar la vida del hijo, Sarmiento obvia los detalles de la muerte, apenas descrita por Santiago Estrada en el capítulo por él redactado: “Hirióle un soldado anónimo en el punto en que penetró a Aquiles la flecha de Paris, y murió desangrado como el héroe griego.”⁴⁴

Este tardío reconocimiento a la existencia del cuerpo propio y enfermo se emparenta con la explicitación de la propia sexualidad que marcáramos en el apartado anterior.

La palabra: entre el cuerpo y el monumento

La oposición público/privado, que planteábamos en los inicios del presente trabajo puede homologarse aquí con otra oposición, subyacente a la primera en los textos estudiados: la dicotomía existente entre bronce-mármol/carne. Tanto la bio-grafía como la auto-bio-grafía son escritas para construir el monumento, para construir-se en monumento, y por ende envían al

“desván epistolar” las referencias a lo más íntimamente corporal-carnal: la sexualidad y la enfermedad. Las desviaciones, los deslizamientos hacia ese otro-el mismo que forma parte del Yo que se convierte en discurso, son cuidadosamente evitadas, y apenas aparecen en otras escrituras, destinadas por el autor a la inexistencia pública. De modo que en los textos de Sarmiento lo escamoteado no es lo privado por el hecho de serlo, sino lo privado que no contribuye al mármol (la enfermedad, la paternidad sin matrimonio), o lo absolutamente íntimo (la relación con las mujeres, la sexualidad).

Esto explica la ternura y el dolor aún vivo presente en la biografía de Dominguito, junto a la omisión de toda relación amorosa (constante en los textos públicos). El dolor paternal parece ser considerado aceptable dentro del canon construido por el autor, en tanto no sucede lo mismo con los afectos hacia el otro sexo (más temidos que ostentados), gozados en realidad “sólo a hurtadillas”.

Bibliografía

Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*", *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Bs. As., CEAL, 1983

Enrique Anderson Imbert, *Una aventura amorosa de Sarmiento. Cartas de Ida Wickersham*, Bs. As., Losada, 1968.

Mijail Bajtin, *Estética de la creación verbal*, México, S. XXI, 1985.

José Campobassi, *Sarmiento y su época*, Bs. As., Losada, 1975.

Diccionario de la Real Academia Española, Madrid, RAE, 1992.

González Arrili, *Epistolario íntimo*, Bs. As., ECA, 1961

"La autobiografía y sus problemas teóricos", Suplemento Anthropos, N.º 29, Barcelona, Ed. Anthropos, 1991

Silvia Molloy, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*. Univ. Nac. del Litoral, 1962.

Nicolás Rosa, *El arte del olvido*, Bs. As., Puntosur, 1990.

Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Bs. As., CEAL, 1979

La correspondencia de Sarmiento. Primera serie: Tomo I, 1838-1854. Cba., Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba, 1984

Memorias, Bs. As., ECA, 1963

Mi defensa, en *Civilización y barbarie*, Bs. As., El Ateneo, 1952

Recuerdos de provincia, Bs. As., CEAL, 1979

Vida de Dominguito, Bs. As., Instituto Amigos del Libro Argentino, 1954.

¹ “Autobiografía”, en *Memorias*, Bs. As., ECA, 1963, pág. 296.

² Afirma Silvia Molloy, en *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica* (México, FCE, 1996): “La meta final del registro, en el que la memoria personal representaba, o no, un papel, no era el placer de la evocación sino la preservación del conocimiento y, podría añadirse, la construcción de un modelo.” (pág. 190)

³ En *Recuerdos de provincia*, Bs. As., CEAL, 1979, pág. 9.

⁴ En *Memorias*, pág. 289.

⁵ Molloy titula el octavo capítulo de su obra “La autobiografía como historia: una estatua para la posteridad”, vinculando de este modo los términos referidos.

⁶ Adolfo Prieto en *La literatura autobiográfica argentina* (Univ. Nac. del Litoral, 1962) afirma que Sarmiento “Respiró política en el aire de la aldea natal, se educó para la política, se exiló por la política, con formó su carácter en la dura palestra de la acción política, escribió su autobiografía y buena parte de su obra gigantesca por razones políticas.” (pág. 49)

⁷ Recordemos que Mijail Bajtin vincula estrechamente ambas manifestaciones literarias, y percibe en muchas biografías “una posible coincidencia” entre autor y héroe. (En *Estética de la creación verbal*, México, S. XXI, 1985, pág. 133)

⁸ Para Silvia Molloy, una estrecha vinculación entre la vida individual y el destino nacional aparece con frecuencia en la literatura hispanoamericana, pero no considera ésta la única forma de enfrentarse a la literatura autobiográfica de la región. Postula, más bien “ver esa preocupación nacional como espacio crítico, marcado por una ansiedad de orígenes y de representación, dentro del cual el yo pone en escena su presencia y logra efímera unidad.” (Ob. cit., pág. 15)

⁹ Ob. cit., pág. 187.

¹⁰ En la obra citada, Molloy apunta hacia una característica fácilmente identificable en los textos tratados: la selección que el autor realiza dentro de los hechos narrados, para cumplir con los fines de su texto autobiográfico. Leemos: “El autobiógrafo americano es un eficaz autocensor: en su relato de vida introduce silencios que apuntan hacia lo que no puede contarse, mientras que en otros textos menos comprometedores a menudo revela lo que considera impropio de ser contado autobiográficamente.” (Ob. cit., pág. 17)

¹¹ En *Facundo*, Bs. As., CEAL, 1979, pág. 6

¹² En *La correspondencia de Sarmiento*. Primera serie: Tomo I Años 1838-1854 Córdoba, Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba, 1984, pág. 18.

¹³ En *La Correspondencia...*, pág. 140.

¹⁴ Adolfo Prieto se refiere a esta obra del siguiente modo: “Consta, objetivamente, que Sarmiento exageró la situación. [...] Subjetivamente, sin embargo, la reacción de Sarmiento era justificable. Como político debía cuidar su más valioso capital: la reputación que le acuerdan sus conciudadanos.” (Op.cit., pág. 49)

¹⁵ “He salido por fin de la humillante tarea de describirme a mí mismo.” (“Mi defensa” en *Civilización y barbarie*, Bs. As., El Ateneo, 1952, pág. 567)

¹⁶ Para Nicolás Rosa, la vinculación de la autobiografía y la historia surge de la simulación de que “todo lo narrado es todo lo acontecido”. (Ob. cit., pág. 34)

¹⁷ Transcribimos la cita completa: “Mi padre y los maestros me estimulaban desde muy pequeño a leer, en lo que adquirí cierta celebridad por entonces, y para después una decidida afición a la lectura, a la que debo la dirección que más tarde tomaron mis ideas.” Ob. cit., pág. 545

¹⁸ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo afirman: “En *Mi defensa*, la historia de la infancia es la narración de un aprendizaje.” (En “Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*”, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Bs. As., CEAL, 1983, pág. 28)

¹⁹ “Mis pobres estudios han sido, pues, desordenados e incompletos; pero a este desorden mismo, debo grandes ventajas, pues no teniendo maestros ni más guía que mi propio juicio, yo he sido siempre el juez más bien que el admirador de la importancia de un libro, sus ideas, sus principios. De esta falsa posición ha nacido la independencia de mi pensamiento, y cierta propensión de crearme ideas propias sin respetar la autoridad de los otros.” (Ob. cit., pág. 551)

²⁰ Durante toda su vida, Sarmiento intentó reivindicar su acción militar, así en un texto de 1884, “Introducción a las Memorias Militares y fojas de servicios de Domingo Faustino Sarmiento, General de División (R. A.)” trae a colación toda su actuación en los ejércitos que combatieron a Rosas.

²¹ Faustina nació en 1832 de sus amores con una muchacha chilena, María de Jesús del Canto (Cf. *Una aventura amorosa de Sarmiento. Cartas de Ida Wickersham*, de Enrique Anderson Imbert, Bs. As., Losada, 1968.)

²² Silvia Molloy encuentra en esta obra de Sarmiento “algo muy próximo al desasosiego autobiográfico” (Ob. cit., pág. 191)

²³ Para Nicolás Rosa, en *El arte del olvido* (Bs. As., Puntosur, 1990), la *Vida de Dominguito* se inscribe dentro del “programa narrativo de la vida de Sarmiento” como “una extensión de la propia vida en la escritura de la vida del otro” (pág. 99)

²⁴ De otros amores, también en Chile, con una mujer casada, Benita Martínez de Castro, le nació en 1845 Dominguito.” (Ob. cit., pág. 14)

²⁵ D. F. Sarmiento, *Facundo*, Bs. As., CEAL, 1979, pág. 17.

²⁶ Nicolás Rosa introduce el concepto de “escritura monumental” en relación con las biografías sarmientinas; agregando además la importancia de las “necrografías”, condición primaria de toda “biografía”. (Ob. cit., págs. 114-115).

²⁷ Domingo Faustino Sarmiento, *Vida de Dominguito*, Bs. As., Instituto Amigos del Libro Argentino, 1954, pág. 22. Todas las citas corresponden a esta edición.

²⁸ La idea de la escritura como monumento está presente en el texto de Nicolás Rosa donde afirma: “La escritura de la bio-grafía de Dominguito es la escritura de un necro-logos: otra forma de la inscripción lapidaria.” (Ob. cit., pág. 104) y apenas insinuada por Silvia Molloy, cuando titula un capítulo de *Acto de presencia* como “La autobiografía como historia: una estatua para la posteridad.”

²⁹ Ob. cit., pág. 99.

³⁰ No nos introducimos aquí en interpretaciones psicoanalíticas, que consideramos posibles, limitándonos a lo planteado desde los inicios del trabajo.

³¹ En “La autobiografía y sus problemas teóricos”, Suplemento *Anthropos*, N°29, Barcelona, Ed. *Anthropos*, 1991, pág. 21. Y agrega: “En la historia y la autobiografía, por el contrario, el pasado queda subsumido dentro de una visión desde el presente.”

³² El Diccionario de la Real Academia Española define estos términos del siguiente modo: “privado: particular y personal de cada uno”, “íntimo: lo más interior o interno”

³³ En cursiva en el original.

³⁴ En *La correspondencia de Sarmiento*, págs. 44-45.

³⁵ En *Sarmiento y su época*, pág. 110.

³⁶ Ob. cit., pág. 112.

³⁷ En *La correspondencia de Sarmiento*, pág. 30.

³⁸ Ob. cit., pág. 111.

³⁹ Ob. cit., pág. 246.

⁴⁰ En González Arrili, *Epistolario íntimo*, Bs. As., ECA, 1961, pág. 127.

⁴¹ Ob. cit., pág. 131.

⁴² Ob. cit., pág. 189.

⁴³ Pág. 543.

⁴⁴ *Vida de Dominguito*, pág. 81.